

## “LA MATRONA DE EFESO” de Juan de Arona

Julio Picasso Muñoz

El cuento de la Matrona de Efeso, presentado en los capítulos III y IIII, del *Satiricón* de Petronio, tuvo en la posteridad numerosos traductores e imitadores. El cuento, según el parecer general, está basado en un hecho real, y es anterior sin lugar a dudas al similar ofrecido en versos por Fedro <sup>1</sup>.

Jusuf ben Meir Zabara, judío español de la Edad Media, insertó una adaptación del cuento en su “libro de los placeres”. En Francia el cuento tuvo mejor fortuna. Saint-Evremond lo imitó <sup>2</sup>, Pierre Brinon <sup>3</sup> y Nolant de Fatouville <sup>4</sup> lo escenificaron. Bussy-Rabutin lo tradujo <sup>5</sup>. Pero indiscutiblemente la mejor adaptación francesa es la realizada por La Fontaine en encantadores y originales versos <sup>6</sup>.

La adaptación de Juan de Arona, que tenemos el gusto de presentar, es una rara joya literaria casi perdida. Estuardo Núñez, por lo menos, no la ha publicado todavía <sup>7</sup>, y nosotros tuvimos gran trabajo en dar con ella. La ofrecemos, pues, como primicia.

Nuestro poeta y latinista publicó su composición en forma de folleto en la Imprenta de Carlos Prince (Lima) en 1872, con la siguiente anotación: “Petronio me ha sugerido el asunto de la composición. Es todo lo que de él he tomado: pensamientos, imágenes, reflexiones, locuciones familiares, la introducción y la conclusión, todas las “bordaduras”, en fin, me pertenecen”.

Menéndez y Pelayo dijo a propósito de la versión de Arona: “Este cuento, versificado en silva con soltura y picante donaire, es una imitación y no una traducción del célebre cuento de Petronio. Como este simpático poeta peruano tenía especiales aptitudes para el género narrativo jocoso, acertó en su adaptación métrica del cuento de La Matrona, que no compararé con la de La Fontaine, pero se deja leer con gusto”.

José de la Riva-Agüero hizo una anotación más severa y escueta: “En su Matrona de Efeso parafrasea cierta indecente anécdota que trae el *Satiricón* de Petronio” <sup>8</sup> (J.P.M.)

---

(1) Appendix Perottina, 15.

(2) Nouvelles en vers, 1665.

(3) L' Ephésienne, 1614.

(4) La Matrone d'Ephése ou Arlequin Grapignan, 1682.

(5) 1677

(6) 1682

(7) Poesías Completas de Juan de Arona (en 2 tomos). Academia Peruana de la Lengua. Recopilación, prólogo y notas de Estuardo Núñez.

(8) *Obras Completas* (Lima, 1962), I, 172.

## LA MATRONA DE EFESO

Qué! ¿no bastaba á la ciudad galana  
 La fama de su templo de Diana,  
 Que los Dioses le enviaron ex-profeso  
 Una matrona, casta en tal exceso,  
 Que por antonomasia se le aclama  
 La *Matrona de Efeso*?

Era tanta la fama  
 De la casta, virtuosa y pura dama.  
 Que reputada de su sexo adorno,  
 Venian las mujeres del contorno  
 A inspirarse en su ejemplo,  
 Y a venerar su casa como templo.

El glorioso Caistro,  
 Rio de la ciudad, en su registro,  
 En sus viejos anales no consigna  
 Virtud más alta ni Beldad más digna.  
 Ni sabe de algún hombre  
 Que más dichoso con razón se nombre,  
 Que el que con ella dividiendo el lecho  
 Posa sus sienes en tan casto pecho.

Mas la muerte que siega  
 Las más preciadas flores,  
 Al tálamo nupcial una día llega,  
 Y el esposo feliz la vida entrega  
 En sus años mejores.

Viuda ya la matrona  
 Con nuevos hechos de su amor blasona:  
 No sólo hasta la última morada  
 Fué del féretro en pos desmelenada,  
 Y el rostro maltrató de cristal pulcro;  
 Sino que descendiendo hasta el sepulcro  
 Donde colocau al marido extinto,  
 ¡Resolución extraña!  
 No hey quien la arranque del fatal recinto.

Una sola crisida la acompaña,  
 Y fiel como ella, el rostro en llanto baña;  
 Y de solicitud haciendo alarde,  
 A ratos reanima  
 La moribunda lámpara que encima  
 Del monumento arde.

En balde vienen repetidas veces  
 Los amigos, los deudos, y aun los jueces  
 A disuadir á la matrona apuesta  
 De su intención funesta,  
 Que ella erre que erre,  
 Junto al cadáver hórrido se acuesta  
 Y no hay quien de su lado la destierre.

No se hablaba en el pueblo de otra cosa  
 Que de la santa y ejemplar esposa,  
 Que tantas horas del esposo al lado  
 Velando estaba sin probar bocado.

“No hizo más Artemisa por Mausolo”  
 (Decían) que ella limitóse sólo  
 A darle sepultura extraordinaria,  
 Y á beberse en ceniza al Rey de Caria”.

Aquella noche misma,  
 No lejos de la bóveda en que llora  
 La singular señora  
 Que en su dolor se abisma,  
 Una cruz que patíbulo denota  
 (Como que lo era en esa edad remota)  
 Se alzó, y un reo fue crucificado  
 Por no sé qué pecado.

No tardó el centinela  
 Que del ajusticiado el cuerpo vela,  
 Por si un alma de Dios venir procura  
 A darle sepultura,  
 En distinguir la tenue luz que oscila,  
 Y los entrecortados ululatos  
 Que interrumpen á ratos  
 De aquel santo lugar la paz tranquila.

El rústico Efesiano,  
 De la genial curiosidad movido  
 Que es propia á todo humano,  
 Llevó el pie sin ruido  
 Hacia el sepulcro arcano;  
 Y una vez que a la cámara se asoma,  
 De lo que ve se pasma,  
 Que a la matrona toma  
 O por aparición o por fantasma;  
 Y turbado y confuso  
 En devancos mil la mente puso.

Pero el cadáver yerto  
 Que a su vista se ofrece, y el difuso  
 Cabello de la dama lacrimosa

Que rueda por sus hombros sin concierto,  
 La hacen del caso comprender lo cierto;  
 Y ve que es una inconsolable esposa  
 Que hasta límites nada naturales  
 Prolonga los deberes conyugales.

Movido á caridad, fue por su cena,  
 Y a dividir con él la ración corta  
 Á ama y criada exhorta;  
 Y disuadiendo a aquella de su pena,  
 "Buena señora (le decía) advierte  
 Que por más que con llanto lastimoso  
 Reclames al esposo,  
 No has de hacer que despierte;  
 Porque es su sueño demasiado fuerte  
 Para que despertarlo esté en tu mano.  
 Piensa en tu duelo insano  
 Que a tí, y a mí, y a todo ser humano  
 Ineludible término es la muerte.  
 Nadie de este fracaso se precave,  
 Tu experiencia lo sabe;  
 Deja vanos extremos  
 Que todos, todos á morir nacemos".

Agotaba el buen hombre las razones  
 Que se estilan en tales ocasiones,  
 Y las vulgaridades; sin que a ella  
 Le hagan ninguna mella;  
 Antes con nuevo enfado  
 Se arrancó de cabellos un puñado  
 Que por ofrenda tributó al esposo.

El soldado mañoso  
 No desmaya por esto  
 Y sigue firme en lo que se ha propuesto.  
 Hasta que la criada  
 Al fin como plebeya más menguada,  
 Vencida del ayuno  
 Tan largo é importuno  
 Y del aroma embriagador del vino,  
 Cedió á la grata tentación del plato  
 Y comió á poco rato.

Ya con este refuerzo,  
 Que a ser a un tiempo vino  
 Cena, comida, almuerzo,  
 Más alentada, ella también se encarga  
 De persuadir a su ama a que desista  
 De más lamentos y a la cena embista.  
 Y esta oración le larga:

“Cuando hay en la ciudad tantos pelmazos  
 Que muriéndose están por tus pedazos,  
 Y hieldad tanta y juventud reúnes,  
 ¿Justo será que hasta morirte ayunes?  
 Aún no llegó la hora  
 De morir, mi dulcísima señora.

Tu estéril sacrificio, ten por cierto,  
 No resucita al muerto,  
 Ni él en tu caso tan leal, tan fino,  
 Imitara tu loco desatino”.

La dulce voz de la elocuente sierva,  
 El persuasivo gesto del soldado,  
 El hambre que la enerva,  
 El olor del guisado,  
 Y el sabroso mascar acompasado,  
 La sacaron por fin de su reserva.  
 Comió y bebió con brío,  
 Pero con entereza y señorío:  
 Y ¡oh mujer tan instable como el hombre!  
 Ya sin que del soldado  
 La asiduidad le asombre,  
 Mírale con agrado,  
 Y que es muy buen conversador repara,  
 Y de no mala cara.

Y así como su estómago, ¡oh vergüenza!  
 Así a ceder su corazón comienza,  
 Que el soldado bellaco  
 Le buscaba también este otro flaco.

La gratitud de la oportuna cena,  
 La hora, el lugar, la sombra, y la amarilla  
 Vislumbre de la opaca lamparilla;  
 Del soldado la mágica palabra  
 Que a manera de música le suena  
 Y el tierno corazón le mina y labra,  
 Todo el casto edificio va aflojando  
 Con un desmayo blando.  
 Y de la viuda triste,  
 Que casi no resiste,  
 El militar ¡oh triunfo no pequeño!  
 Por todas partes se va haciendo dueño.

Al fin vencida, delirante, ciega,  
 Ebría tal vez al milite se entrega,  
 Y ¡eu ese dormitorio!  
 Celebran clandestino desposorio.  
 Que así la castidad, pudor, recato,

Y todo el aparato  
Que una existencia dura,  
Cede en un cuarto de hora de locura.

La triple llave de oro  
Que guardaba tan cónico tesoro.  
El tesoro tan puro y codiciado  
Fue pasto fácil de un vulgar soldado.

La que en el mundo cuando en él anduvo  
Jamás tentada de pecar estuvo;  
La que no se extravía ni se pierde  
Ni en el muelle retrete o blando estrado,  
Ni en el tálamo rico y perfumado,  
Ni del jardín en la glorieta verde,  
Ni en tanto sitio, en fin, cuya molición  
Hace que el alma su pureza vicie,  
¡La viene á persuadir a que sucumba  
Una desierta y repugnante tumba!  
La que el lecho nupcial guardó tan fuerte,  
Guardar no pudo el lecho de la muerte.

¡Oh tú, soez custodio  
De un vil ajusticiado,  
Que tan dulce episodio  
En tu burda existencia has encontrado!  
Al ver cuán bien te sale  
Todo, todo en suceso tan extraño,  
Verás ¡cuánto más vale  
Llegar á tiempo que rondar un año!  
Quedaos con un palmo de narices  
Efesios infelices.

¡Oh, que el Pecado hasta en el aire zumba!  
Y en el propio sepulcro se agazapa;  
Y la virtud que incólume se escapa,  
No llega al cielo, no, que él la derrumba  
En esa lid postrera de ultratumba.

¡Cuál sería el orgullo, el alborozo  
Del aguerrido mozo,  
Triunfante al verse con victoria doble  
De matrona tan noble;  
Sí, que logró obligarla, todo junto,  
A comer y a olvidarse del difunto!

El nuevo día llega,  
Y aunque penetra con su luz dorada  
La fúnebre morada,  
No da fin á la lúbrica refriega.  
Un día y otro día

Pasó, y también la subsiguiente noche,  
Sin que ella que en sus brazos lo ceñía,  
Los brazos un instante desabroche.

Pasaban pues las horas de este modo  
Con la puerta cerrada a piedra y lodo.  
Para que si un amigo o deudo acude,  
Al verla así, no dude  
Que la viuda al dolor ha sucumbido  
Y yace muerta sobre su marido.

Aunque bajo el imperio  
De tanta dicha y tan feliz misterio,  
El soldado salía de continuo  
En pos de provisiones y de vino.

Mas tanto descuidó su ministerio,  
Que en encontrar no tarda  
La cruz que tan mal guarda.  
Sin el crucificado  
A su firme custodia encomendado.  
Que aquel rico infeliz viuda dejaba;  
Si no matrona que la fama alaba,  
Majer al menos pia,  
Y constante y segura,  
Que el patibulo ronda noche y dia  
Buscando coyuntura  
De dar á su marido sepultura.  
Y un día en que la guarda  
Más en salir del aposento tarda,  
A la cruz del suplicio una escalera  
Allegada, y el ansiado  
"Descendimiento" opera;  
Que si no es de Rivera,  
Se captará a lo menos  
La simpatía de los hombres buenos.

El soldado que sabe  
Que le va la cabeza  
Por descuido tan grave,  
Quedóse de una pieza  
Al ver la cruz, y á enloquecer empieza.

¡Oh amarga tornaboda!  
¡Oh lago puro cuya faz se enloda!  
Oh soldado infeliz! la cruz te espera  
Para hacerte pedazos!  
Por la matrona y por sus dulces brazos  
Ella te abre los suyos... ¡de madera!

Adiós, amor, placer, breves delirios;  
 Instrumento de afrenta y de martirios,  
 La cruz te espera allí, fija en el suelo:  
 Capilla ardiente que tendrá por cirios  
 Los blandones del cielo.

En vez de besos puros  
 Te aguardan lazos duros;  
 La glacial intemperie,  
 Y tras tan larga serie  
 De males, una viuda  
 Que ciertamente no vendrá en tu ayuda;  
 Y que al pie de la cruz la hora aguarda  
 De suplantarte con el otro guarda.

Pero a mis reflexiones me replica  
 Que él a Catón imitará, el de Útica,  
 Y que se matará no cabe duda,  
 Pues la crucifixión es cosa ruda.  
 Y saca (que en efecto mi soldado  
 Era muy arrojado)  
 La espada y contra el seno se la aplica.

Mas la casta matrona  
 Que vivo lo ve aún, no lo abandona.  
 "No permitan los cielos  
 (Dice) que a un tiempo arrastre yo dos duelos.  
 Ni que llore enterrados  
 Dos seres de mi pecho tan amados.  
 Si en sólo un muerto tu vivir estriba,  
 Muera el que ha muerto ya, y el vivo, viva..."

La sierva, completando de su ama  
 El pensamiento, exclama:  
 "¡A vivir y acabemos!  
 ¿Qué falta? Un muerto? A mi señor colguemos.  
 "Si;" repite la viuda; "en el instante  
 Vaya él a ocupar la cruz vacante,  
 Que es más equitativo  
 Colgar al muerto que perder al vivo.

El ha muerto; es un hecho;  
 Y cuando con la muerte se apechuga...  
 (Una hipócrita lágrima aquí enjuga)  
 Es fuerza resignarse! ¡a lo hecho... pecho!"  
 ¡A lo hecho, pecho! repitióse en coro;  
 ¡A lo hecho pecho! y enjugóse el lloro,  
 ¡A lo hecho, pecho! y todos tres se huelgan;  
 Y ajusticiando al punto  
 Al infeliz difunto,  
 Reo sin culpa de la cruz lo cuelgan.



---

Fue otra vez vuelto á la luz  
El ya muerto y enterrado,  
Y ahorcado y ajusticiado,  
Y afrentado en una cruz.

Y cuando el hecho tan ruin  
Se supo por la ciudad,  
Confirmóse esta verdad:  
Nadie es dichoso hasta el fin.

Lima, Mayo de 1872.